VOCES EN LAS CAÑERIAS

por Jesús María Zuloaga Zuloaga

Pre: Aquello *–feo, ordinario, grosero, vulgar–, voz terrible de las profundidades, surgió en la zona noble de la ciudad y no en la «otra», más apropiada y menos alérgica a cualquier tipo de monstruosidades. ¿Por qué...?*

La ciudad era una mentira: «Buena», en el llamado casco urbano y «mala», en la otra parte.

En el centro, habitaban, la virtud pública (hablar de la cosa privada, se consideraba «insolente acto de mal gusto»), el orden, la insonorización, que no el silencio, porque sus calles servían sólo para el andar del privilegiado peatón del vecindario; la limpieza, la luz, la comodidad...

Todo lo demás, era periferia, arrabal, suburbio más o menos ilustrado, más o menos colmena y chabola. Allí, la aglomeración del vicio, droga y prostitución; el ruido automovilístico de los embotellamientos, el griterío, los apagones, las sirenas de las ambulancias o de los coches policiales; el gentío apretado, «municipal y espeso», las bocas del metro que expelían calor de masa, olor de cuerpo sin aire propio, siempre contaminado por el aliento próximo, o el mero exudar del que estaba al lado, cuerpo a cuerpo, en el apretón del agitado autobús, o del vagón ferroviario; ocasión vulgar para el logro sensual de un roce volátil, acaso de un consentido contacto al compás de la marcha.

Sin embargo, las *voces* en las cañerías comenzaron a oírse en una boca de riego de la Plaza Elíptica del centro, la más exquisita y mejor trazada de la ciudad.

Imaginad...

Los dos empleados, perfectamente uniformados, rodeados de niños y niñeras que holgaban al sol, levantaron la tapa metálica, limpia, nueva, reluciente y, justo cuando uno de ellos iba a enroscar la toma en la boca de bronce, «alguien», «algo»... gritó desde allí dentro, a través del agua, como nunca escuchado quejido de ahogado a punto de expirar.

–No... ¡qué me ahogaréis!... ¡me mataréis!.. no, no... ¡por piedad!

Se miraron todos un instante repentino, cuajado el miedo en paralización colectiva que se amplió en pánico, cuando el agua pujó hacia

arriba, con violencia, como petróleo insólito; un agua sucia, negra, surtidor de inmundicia, para caer al fin sobre las allí presentes, como lluvia asquerosa, líquido pestilente espeso como pus y pegadizo, miel de abeja emponzoñada.

–No... ¡qué me ahogaréis!... ¡me mataréis!, gritó la voz por segunda vez.

Y cuál si el chorro de agua negruzca fuera resumiéndose, contrayéndose, quedó al fin, en la boca misma, *algo* vivo, gris oscuro, tal si fuera mano de tres dedos: pulgar, corazón e índice, todo ello recubierto de ventosas que buscaban con temblor nervioso la superficie perdida, en la que hasta entonces habían encontrado apoyo, en la cilíndrica uniformidad de la cañería.

Cabía imaginar, que se trataba de extremidad humanoide a partir de la cual, hacia dentro, estaría el resto... ¡y en la *cabeza* del resto, la voz!

El escalofrío del centro urbano, invadido por aquella repelente materia, fue de miedo vulgar, pero también de alarma porque el hecho pudiera ser conocido por la otra parte de la urbe.

Aquello, la *mano-molusco*, la voz de las profundidades, debería ser secreto, hijo ilegítimo que sólo tiene derecho a llorar, cuando la madre soltera deja al recién nacido clandestino, al pie de una puerta, toca el timbre y aprieta a correr.

Dispuso el señor alcalde: una muralla humana en torno a la boca de riego y, pronto, sin demora (¡aquello era terror que estorbaba, amenaza incompleta que nadie quería conocer completamente, tirando de ella por ejemplo!) se supiera el qué, los qués, el por qué y los por qués de todo.

–¿Tirar de eso?, preguntó con un pañuelo perfumado sobre los labios, bajo la enrojecida nariz, a punto de náusea, la esposa del señor alcalde.

–Habrá que hacerlo... una voz humana, *nuestra*, grita desde lo hondo de la tubería.

–¿Nuestra?... ¡eso, es imposible!

Pregunta y respuesta eran estúpida réplica de una porción social que orgullosamente se definía inmune a todo lo que, en apariencia, fuera grosero, feo, ordinario, vulgar... ¡cuánto más aquello! ¿Cómo allí en a zona noble de la ciudad y no en la otra, más grande, más apropiada, menos alérgica por supuesto a cualquier tipo de monstruosidad?

Los tres dedos de piel arrugada, tentáculo de pulpo, seguían rascando el aire. El agua era débil fluido intermitente que sangraba hedor por entre las articulaciones mórbidas.

El señor alcalde dudaba.

–¿Tiramos para ver más o cortamos?

Había hablado ya para entonces con el presidente de la Nación.

–¡Actúe sin dilación! –ordenó imperativamente el mandatario–. Lo sabe ya todo el mundo menos ustedes ahí por lo visto.

Era verdad. En las bocacalles que simétricamente desembocaban en la Plaza Elíptica, las cámaras de televisión, los periodistas en racimo turnaban por entrar para ver, creer y contar luego.

Valiéndose de un megáfono el confundido alcalde intentó satisfacer la demanda informativa.

–El fenómeno –dijo– es de carácter científico y con el rigor que la ciencia exige debemos actuar. Retírense y confíen. Cuando se me indique que... «esa cosa» puede ser vista como noticia explicable, tendrán las

facilidades de costumbre.
Un griterío con abundante fleco de epítetos fue la clamorosa réplica del personal periodístico.
Así, con la plaza cercada, los dedos movientes, calladas momentáneamente las voces de la cañería, llegó la primera noche.
(No se ha dicho todavía que el domicilio del señor alcalde, era mansión comprada a un arruinado marqués despilfarrador, que levantó allí su jactancia, con piedra sillar de color rosa, traída de la única cantera existente en los Países Bajos. Tampoco que la balconada del palacio abría su luz a la Plaza Elíptica.
Igualmente no hemos tenido tiempo de recibir la noticia privada que constaba en los ficheros de la brigada criminal de la ciudad –¡«insolente acto de mal gusto» decirlo, aunque fuera verdad!–. El hijo primogénito del alcalde ejercía, como don Francisco de Quevedo mismo hubiese definido, de protomaricón del distrito pornográfico, cuyos límites empezaban oficialmente en donde rendía su farisáica perfección el centro urbano y comenzaba el bullicio de la otra ciudad, la «mala».
Conozcamos una tercera noticia antes de que las voces de las cañerías, nos hipotequen la atención y nos conviertan en membrillo de miedos. Furtivamente, entraba casi a diario, por el patio trasero del noble edificio, una «tía», La Bartolo, rubia explosiva que, proveniente de la otra parte, del más allá del lindero de la «virtud», cumplía no se sabe qué cometido en el municipal edificio. En los ya citados archivos de la brigada criminal aparecía clasificada como ramera doctorada, para el sexo femenino, el oficio idéntico al del protobujarrón.)
Con el amanecer, las voces fueron ya de angustia:
–¡Venid por mí!... ¡caridad, hermanos!... ¡soy de los vuestros!... ¡sacadme de aquí!
Un centímetro más, la *mano tres dedos*, estrió el gesto que subrayaba, con irritada urgencia insatisfecha, el requerimiento que llegaba de allá dentro, en lo lejanamente profundo de la maldita cañería.
Despacho del señor alcalde. Cuatro cuerpos carcomidos por la ansiedad. Cuatro cabezas entumecidas intentaban pensar: Los directores de Sanidad, Seguridad e Investigaciones Científicas y el anfitrión.
–Propongo que anestesiemos el miembro y cortemos para analizar –recitó como disco rayado el primero.
–Para eso, habría de evacuar toda la plaza con el objeto de evitar testigos. Tengo agentes en todos los pisos y terrazas. La situación no podrá mantenerse más tiempo sin el auxilio de una medida definitiva –declamaba sin convicción el segundo.
–Eso, sea de la especie que fuere –hablaba la ciencia– debe ser sagrado para nosotros. Procedamos inmediatamente a la liberación del ser. Ni anestesia ni fuerza del tipo que sea. Su apariencia denota fragilidad. Estoy seguro de que si tiramos, nos quedaremos con el trozo en la mano. Y la anestesia en un ser que desconocemos, no clasificado, puede desencadenar la muerte o el horror...
Desde una nube preñada de negros presagios inquirió el alcalde: «¿horror?... ¿Por qué?»
–Amigo mío –suspiró impaciente el científico– ese ser, esa cosa viva, animal desde luego, puede convertirse en agresión gigantesca y brutal si

la anestesia es para él, por ejemplo, lo que el ácido para el metal, no digamos para la carne humana. ¿Se da usted cuenta? Señor alcalde: cada minuto que transcurre, es tiempo precioso que perdemos en la inaplazable tarea de saber «quién», «qué» es eso.

Venció la razón de ese argumento y, como siempre que el miedo emerge con descaro a la superficie hipócritamente lisa y llana de la vida pública, ocurrió que todo fue, a partir de entonces, brutal prisa, cierre hermético, silencio por necesaria palabra. La tiranía del pánico como razón legal, con la dictadura del miedo como mano ejecutiva y la teoría del temor como fundamento constitucional, dejaron vacías las casas de la plaza, tomadas, en los portales, las de las calles próximas y en cueros de vergüenza y confusión al censo entero de la ciudad «buena» que, inicialmente fue observada con júbilo mordaz, con risas, bromas y hasta con gestos groseros y pequeñas incursiones territoriales por la gente bullanguera de la ciudad «mala» circundante. ¡Fue de ver aquel doble ademán zafio y obsceno que, todos a una, ofrecieron los arrabaleros con el corte de mangas y el toque campanero en las partes!

La excavación fue más delicada en su quehacer que cuando l a dama de Elche vio la luz primera, o, los muros del Foro Romano tornaron a ser silueta visible en la Roma antigua, rescatada del olvido.

¡Todo era brazo y más brazo! ¡De la misma medida de la cañería! ¡Carne esponjosa, con la cualidad rara de un orificio que, entre celdilla y celdilla, entre oquedad y oquedad permitía discurrir al pringoso líquido nauseabundo!

–Medimos ya seis metros, señor alcalde...

–¡Adelante, adelante!

La ciudad periférica, intuitivamente había sentido el aliento de lo extraordinario y hervía en fiesta continua que hermanaba amaneceres y atardeceres, para reducir frívolamente la gravedad del hecho mediante el aturdimiento, sin otra novedad que la del relevo de ebrios extenuados pronto sustituidos en al orgía por los que habían logrado resuello para entrar otra vez en fuego.

Debía ir el descubrimiento del *brazo* por los veinte metros de longitud, en elipse concéntrica, cuando alguien entró en la juerga dando voces de alarma que dejaron de piedra a los proscritos.

–¡Quieren cortarle la mano!... ¡quieren matarle!... ¡dicen, que es de ellos y que con lo suyo harán como les dé la gana!... ¡salvemos al hermano! Ellos le repugnan. Nosotros le acogeremos... ¡¡Libertad para el enterrado!!

Auténticamente ocurrió la de «Dios es Cristo», pero en lodo y en cieno; ¡leche negra hirviente rebosando del puchero!

Aquella multitud de borrachos se hizo oleaje de galerna que irrumpía en la ciudad «buena» camino de la Plaza Elíptica.

Caían por su propia precipitación, pero, como en las guerras, la inmensa avanzadilla, saltaba el humano parapeto y seguía.

El director de Sanidad, apenas tuvo tiempo para ordenar salvas de conminación y disparos de pelotas de goma y tanques de humo. También arremetieron las mangueras de los coches protegidos con persianas de acero.

Inútil, todo fue inútil.

Todo... menos la misteriosa fuerza repugnante que salía de la trinchera abierta, en donde, con mascarillas protectoras, trabajaban a tientas, palmo a palmo, arqueólogos y biólogos más atentos de su propio sentir que del trabajo encomendado.

Se estremecía convulsivamente el *brazo*.

No recuerdo bien.

Tal vez transcurriera entonces la hora del atardecer. Pero la medida exacta del tiempo era lo de menos.

–¡Cuarenta metros ya!

Era demasiado...

Uno de los excavadores cayó mareado sobre el tramo de tubería recién descubierto y golpeó sobre el metal con la herramienta.

¡Qué alarido salió de ella!

Reculó el gentío amedrentado.

Pero la misma energía que les impelió, detuvo la huida en seco.

Hablaba lastimeramente la voz.

–«¿Qué hacéis conmigo, hermanos?... ¿queréis de verdad matarme?... ¿hará falta que os diga que soy como vosotros, sólo que prisionero aquí, sin saber por qué, privado del recuerdo mínimo de quien me puso aquí y desde cuándo?... He oído desde las paredes de vuestras casa y sé que existen cinco sentidos: oído, para percibir ese zumbar monótono que rueda sobre mí. Olfato para sentir que todo es como si yo mismo me oliera en un soplo sutil aunque espeso. Gusto porque en el sitio mismo por donde, en m cuerpo, sale ahora esto que os digo, hay lugar abierto para que entre el suministro que me dé fuerza suficiente. Tacto en el continuo palpar de las cañerías que me dan cobijo. Y vista para descubrir un no se qué continuo indefinible. No veo un algo que ahí está. También sé que fui creado por Alguien poderoso que gobierna mi mundo, nuestro mundo. Desde mis estancias, desde las cañerías que digo, he aprendido así que el ruido es mecánico, el olor es vaho de cloaca o sequedad de muro, el gusto lo mismo, el tacto metálico y la vista oscuridad.

Hubo desmayos y largo y creciente gemir en la cerrada muchedumbre. Continuó la voz:

–¿Cómo sois vosotros?... ¡decídmelo! Ahora, os imagino crueles e ignorantes puesto que así me tratáis. ¡Sacadme de aquí! y nos veremos tal y como somos. Seguid despacio hacia adelante y encontraréis el sitio desde donde os hablo...

Dardo encendido, entró en el despacho del señor alcalde la estúpida impaciencia del presidente de la Nación.

–¡Acaben ya de una vez con eso!... ¡el mundo nos mira y se pregunta si en vez de nación moderna somos laboratorio de mentiras o alucinante escenario para argumentos terroríficos!

¿Quién podría en aquella circunstancia contar la medida del tiempo?

Mañana, tarde, noche...

Constaba que pasaban las horas sin derecho siquiera al efecto sedante que una pausa hubiese supuesto.

La voz callaba desde hacía horas y el *brazo* de la *mano tres dedos* no terminaba. Estaba ya la excavación muy cerca del centro de la plaza.

Los de la periferia, roncaban el alcohol amontonados. ¡Pirámide de curias viviendo entre el cero y la nada!

Pero entre ellos uno, hermano de sangre de «La Bartolo» sintió primero, descubrió después, en dónde podía estar el origen de aquella criatura formidable. Y tal como lo pensó, fue haciendo correr su fantasía de boca en boca.

En la noche (la circunstancia pedía tiniebla y frío para nacer) se oyó un clamor:

–¡Qué nos den al hijo de ese maldito!... ¡Qué venga ese cerdo!

Era al protoinvertido a quien se reclamaba.

El alcalde dijo verdad al afirmar, desde el balcón, que su hijo no estaba entonces allí.

–¡Pues búscalo!

Alguien (¿quién sería?... ¡maldito sea!) añadió:

–Y que comparezca también «La Bartolo».

No podía ser cierto lo que corría desbocadamente de uno a otro. Pero la teoría prendió en la masa y la suposición fue pronto dogma de fe. El hijo del alcalde y «La Bartolo» habían procreado, en sus monstruosas y aberrante relaciones, aquel ser.

La voz hablaba otra vez.

–Ese sexto sentido de todos, me dice que es lo que estáis pensando... ¿tanto importa el cómo fui engendrado?... sacadme fuera... tengo derecho a la convivencia que vosotros despreciáis y disolvéis en nada, a diario, con el ácido de la envidia y la acuciante inercia del miedo; motores de vuestra vida política, social, económica y hasta religiosa. Muy pronto, ahora mismo tal vez, alguno estará pensando que, con echar tierra sobre mí y poner esa misma tierra de por medio todo estará arreglado. ¡Eso es lo que hacéis con vuestros problemas cotidianos!... ¡eso es lo que no deberéis hacer conmigo, vuestro inaplazable problema sustantivo y único, excluyente de cualquier otro! Seguid adelante para que me podáis ver entero y verdadero, y yo a vosotros. Ahora mismo la ventaja es vuestra. Conocéis una de mis manos y casi un brazo, uno de mis brazos.

Pocos a pocos inicialmente; luego en grupos que pronto fueron tropel huyeron casi todos. Sólo quedaron los científicos excavadores y, en el mirador de la mansión, los cuatro de al Autoridad.

***El* se dio cuenta de ello.**

–¿Por qué no continuáis?... estáis a pocos metros de mi voz, alentó incitador.

El alcalde, a quien los de abajo hacían seña fácilmente comprensible, levantó la mano y la tarea prosiguió.

–¡No paréis!... ¡ya falta menos; muy poco! –orientaba *él*.

Los cuatro de arriba bajaron corriendo.

Ved lo que vieron.

La cañería se hacía flemón del tamaño doble, seguramente triple, al de un calabacín grande.

Un excavador disponía la tenaza de largo brazo del tronzador; otro las pinzas, otro preparaba vendajes.

–¡Abrid ya! –gritó la voz del alcalde.

El del tronzador, secó el sudor de su frente con la bocamanga.

Torpemente, rompió aún más la oxidada superficie, la pared cilíndrica de la habitación en donde *él* vivía.

–¡Así no, que me cegarás, bestia! –advirtió en un ay, la voz.

Miró el sobresaltado excavador cirujano para el rostro del alcalde. Antes de que hablara éste, entendió en su gesto la orden terrible que, desde su rictus, dictaban a la par el hastío, el pavor y la morbosa curiosidad.

Cortó más y, con las manos, dobló como si hojalata fuera, los trozos separados.

Todas las miradas coincidieron.

La identificación fue fulminante.

–¡Sí, sí es verdad... idéntico, igual!...

La voz aclaró:

–Sí, soy tal y como él me hizo; pero en el pelo, salgo a ella cuando su cabellera estaba teñida.

(*Aquello*, era rubio.)

–No os engañéis. Cuando me dé el sol seré moreno como ellos. En esto y en otros aspectos soy más vegetal que animal.

Los ojos hechos sangre hasta el iris de la pupila, la boca apretada hasta parecer filo de puñal, los músculos del rostro escondidos tras los huesos de la calavera, el alcalde rasgó el aire con la orden que todos querían y temían oír:

–¡Dale!... ¡dale!... ¡dale!...

El humanoide, gritó como sólo él podía hacerlo.

Toda la ciudad (en sus dos versiones) oyó su voz.

La tronzadora «masticaba» implacable... carne, no... esponja tampoco... ¡algo vivo sí!

Mas, en estertor acuoso, aún pudo él articular despacio una estremecedora declaración dirigida al alcalde.

–Soy tu nieto... que lo sepan todos...si... el vicio de él, de tu hijo, de mi padre, goteó por las cañerías y en germinación falsa pero cierta, real porque Dios no es mudo, ni sordo, ni ciego, ni tonto, nací yo de un ayuntamiento indemostrable, en la tiniebla, como si la cañería fuese vientre de mujer o probeta de sabio... ¡Por eso os pido bautismo y extremaunción! ¡Caridad, caridad!...

El alcalde, de rodillas sólo sabía gritar.

–¡Dale!... ¡dale!

Y ya, él mismo, hecho furia de loco demoledor, saltó sobre aquella acusadora cabeza y, derribado por el ansia de su corazón que moría, cayó revuelto en el ser, su negra sangre, los hierros rotos y retorcidos y la respiración retenida de todos los testigos de aquel inconmensurable espectáculo negro.

* * *

La Radio del País, previa estricta censura de la ciudad «buena», en conexión mundial, mintió una vez más. Todo aquel horror pasado aparecía condensado en la siguiente noticia:

«Extraño animal en una cloaca». «Un extraño animal fue hallado en una cloaca de... sin que hasta el momento haya podido ser identificado. El extraño ser fue encontrado en ... por unos empleados que trataban de arreglar el atasco producido en el desagüe de un bar. Al efectuar la obra

vieron al animal todavía vivo, que obstruía el conducto con la cloaca y lo entregaron a la Policía Municipal. Se trata de una especie de híbrido entre serpiente y molusco. En opinión del veterinario que no logró averiguar la clasificación del animal es posible que exista una verdadera familia en las cloacas. El hallazgo fue llevado por orden del Ministerio de Sanidad, al matadero municipal, donde se practicarán los análisis correspondientes para identificar a tan extraño animal». (De la prensa. 24-9-81)

Nadie contó desde luego que, cuando la ciudad «buena» intentó rescatar su vida ordinaria, en las casas, hizo cada cual algo tan simple como abrir los grifos de las fuentes. Y... ¡era tremenda verdad lo que caía!: goterones y chorretones, masa informe, siempre negruzca compuesta de uñas partidas, dedos cortados, músculos en cachos, muñones, cartílagos, ojos... ¡muchos globos oculares!...bocas... ¡muchas bocas de labios gruesos, grandes que tardaban en salir por la moderna curva del grifo cromado!...

Y en la fuente central de la Plaza Elíptica, como petróleo (ya se dijo al principio) emergió, el brote de una pasta hecha de intestinos y (¡mierda de asco infinito!) de partes íntimas del cuerpo que, así, negras y con ventosas, eran condena maldita, paradoja infernal de las que componen con gracia y donosura el cuerpo humano engendrado bien, gestado mejor y parido con dolor y gozo.

Mas, ¿qué querían ustedes que saliera de la monstruosa conjunción de un vicio que tiene como norma la aberración?

Algo de esto y más quiso decir en la iglesia catedral el arzobispo de la archidiócesis en la homilía dominical. Pero, como en un párrafo afirmó que el crimen aquel había sido pero que aborto y la fornicación supuesta aún más punible que la del rey David, el gentío feligrés le pateó el sermón y le reventó la liturgia.

Aquello –se dijo como si tal cosa la ciudad «buena»– podía haber ocurrido en cualquier otro sitio. ¿Por qué exagerar?

La culpa, siempre, sería de las «Bartolos» que osasen salvar, sin licencia la frontera entre las dos ciudades concéntricas.

(Del protomaricón, se supo más tarde que dirigía una sucursal bancaria en las Américas. Una sucursal, claro, de una banco de la ciudad «buena»)